

FRAGMENTOS DE DOS CONFERENCIAS

Louis I. Kahn. Noviembre 1967 / Junio 1972

Traducción del inglés: Juan Carlos Cano

Aquel que observa a otro caminar con gracia y aspira a esa belleza, percibe lo común del espíritu en el arte. Siente su validez, sin embargo reconoce su inmensidad. La validez física sugiere la medida de las leyes inexorables e inconscientes de la naturaleza. El registro de la piedra está en la piedra. Cada grano de arena se encuentra en el lugar preciso, tiene la medida exacta, el color exacto. Una regla consciente sugiere cambios constantes hacia nuevos niveles de comprensión de la Regla. Las leyes de la naturaleza se encuentran en la hechura de todas las cosas. El deseo indefinible del hombre por construir una casa o moldear una roca o componer una sonata debe obedecer a las leyes de la naturaleza.

En la enseñanza de la arquitectura pienso que existen tres aspectos: profesional, personal e inspiracional. La práctica se relaciona con las responsabilidades profesionales que requieren conocimiento, experiencia, negociación, reglamentos, ciencia y tecnología para hacer un diseño viable. La persona como individuo busca las claves de la dedicación a su arte y su naturaleza, busca la naturaleza en el pintor, el escultor, el músico, el cineasta, el impresor y el mecanógrafo. En esto se distingue el maestro del instructor. Busca los poderes expresivos de su arte, el arte como creación de una vida. El arte surge de la vida.

Cuando volvemos a encontrarnos con una gran composición musical, es como si alguien al que se conoce desde hace tiempo entrara en un cuarto, alguien al que se le debe observar de nuevo para reconocerlo bien. Por sus cualidades ilimitadas, la composición debe ser escuchada una y otra vez. Esta es la parte de la educación donde el trabajo de un hombre no debe ser juzgado.

En cambio es el momento en que debe criticarse, tiene que inspirar una crítica constructiva. Por ejemplo, me pidieron escribir un comentario acerca de la obra de dos arquitectos del siglo XVIII, Ledoux y Boullée. Cuando me fueron mostrados sus dibujos originales por primera vez, me impresionaron dos cosas: el enorme deseo mostrado en los dibujos para expresar las motivaciones inspiracionales de la arquitectura, y la desproporción en la escala con respecto al uso humano. Sin embargo seguían siendo altamente inspiradores, no estaban proyectados para satisfacer la función o la vivencia, sino que eran un desafío a los límites estrechos. Por ejemplo, la biblioteca de Boullée mostraba un espacio de 150 pies de altura con libros amontonados a lo largo de sus muros. La idea era que se entregara un libro al hombre debajo y así sucesivamente hasta llegar al lector en un espacio sin mesas ni sillas. Sería muy difícil, creo, dar vuelta a la primera página de un libro en un biblioteca así, sin embargo es una audacia estu-
penda que pertenece a la arquitectura.

En una ocasión subí un tramo de escaleras hacia mi estudio, en la Universidad de Pennsylvania, que comparto con Le Ricolais y Norman Rice. Usualmente me detengo en el descanso intermedio, donde están colgadas unas láminas que muestran arquitectura, pintura y escultura. En este lugar conocí a uno de los mejores maestros de escultura, Bob Engman, de Yale, donde yo comencé a enseñar. Se encontraba parado de espaldas a mí, un tipo bastante robusto por cierto, le puse el codo sobre el hombro y le dije, “¿Qué es lo que ves en estas cosas viejas?” (señalando una lámina de escultura egipcia) y Bob me miró con una mueca de comprensión que expresaba sin palabras su asombro. Después comenzó a hablar, “¿No es maravilloso?... tanta belleza... qué penetración”, palabras menores comparadas con su expresión. Entonces le dije, “Bob, pensé en dos palabras: existencia y presencia”. El arte encarna ambas. Una habla del espíritu, la otra de lo tangible.

La arquitectura crea la sensación de un mundo dentro de otro mundo y se la otorga a un espacio. Pensemos en el mundo exterior cuando estamos en una habitación agradable con una persona agradable. Todas nuestras sensaciones del exterior nos abandonan. Recuerdo un hermoso poema de Rumi, el gran poeta persa que vivió a principios del siglo XIII. Una sacerdotisa camina por su jardín. Es primavera. Cruza el umbral de su casa y queda paralizada en el vestíbulo. Su doncella se acerca y le dice emocionada, "Mire hacia fuera y vea las maravillas que Dios ha creado". La sacerdotisa responde, "Mira hacia dentro y ve a Dios". Es asombroso darse cuenta de que una habitación fue creada alguna vez. Lo que el hombre crea, la naturaleza no lo puede crear, aunque el hombre utilice todas las leyes de la naturaleza para hacerlo. Me atrevo a decir que nace del silencio, del oscuro y luminoso deseo de ser, de expresar la preponderancia del espíritu que arropa al universo.

Escuchar un sonido es observar su espacio. El espacio posee tonalidad y me imagino componiendo un espacio elevado, abovedado o debajo de una cúpula, atribuyéndole un carácter sonoro alternado con los tonos de un espacio estrecho y alto, con una luz plateada graduada de lo luminoso a lo oscuro. Los espacios arquitectónicos en su luz hacen que yo pueda componer una especie de música, imaginando una verdad a partir del sentido de fusión entre las disciplinas y sus órdenes. Ningún espacio, arquitectónicamente hablando, es un espacio si no tiene luz natural. La luz natural cambia con las horas del día y las estaciones del año. Una habitación, un espacio arquitectónico, necesita de esa luz que da la vida, luz de la que estamos hechos. Así, la luz plateada y la luz dorada y la luz verde y la amarilla, son cualidades de escala y regla variable.

Por último quisiera contar una historia que trata acerca de un hombre (Luis Barragán), un estupendo arquitecto mexicano. En el momento en que caminaba por su casa sentí el carácter de la “Casa” —ideal para él, e ideal para cualquiera en cualquier momento de su vida. La casa nos dice que el artista sólo busca la verdad y las palabras “tradicional” o “contemporáneo”, no tienen significado para él. Los jardines de este hombre están concebidos como lugares personales y no pueden ser duplicados. Dan la sensación de que cuando un jardín es creado todos los dibujos que se hicieron deben ser destruidos. El jardín sobrevive como la única realidad auténtica que debe aguardar a su madurez para comprender el espíritu de su creación. Más tarde nos reunimos en su sala y me preguntó, “¿Qué es la tradición?” En el momento no supe cómo contestar, sólo sabía que deseaba responder a su pregunta porque su particularidad llevaba a un estado generativo. Le dije que mi mente se remontaba al Globe Theatre en Londres. Shakespeare acababa de escribir *Mucho ruido y pocas nueces* y ese día iba a ser representada ahí. Me imaginé a mí mismo viendo la obra a través de un agujero en el muro del teatro. Me sorprendí al ver que el primer actor intentaba decir sus líneas y de pronto se desmoronaba y quedaba convertido en un montón de polvo y huesos bajo su disfraz. Al segundo actor le sucedía lo mismo, también al tercero y al cuarto, y el público reaccionaba desmoronándose igualmente. Comprendí que las circunstancias nunca pueden ser revividas. Aquello que yo veía entonces era lo que no podía ver ahora. Comprendí que un antiguo espejo etrusco extraído del mar, donde alguna vez se reflejó un hermoso rostro, tenía aún, con todas sus incrustaciones, la fuerza para evocar la imagen de aquella belleza. Lo que el hombre crea, lo que escribe, su pintura, su música, es indestructible. Las circunstancias de su creación sólo son el molde de su fundición. Esto me llevó a entender lo que podría ser la tradición. Cualquier cosa que suceda en el curso de la vida de un hombre queda como lo más valioso,

un polvo dorado que es la esencia de su naturaleza. Si se conoce este polvo, si se confía en él y no en las circunstancias, entonces se está de verdad en contacto con el espíritu de la tradición. Quizá entonces sea posible decir que la tradición nos da los poderes de anticipación con los cuales sabemos qué es lo que permanecerá de aquello que creamos.

Las motivaciones originales que rodearon a la arquitectura cuando ésta se hizo evidente eran inclasificables salvo como momentos de inspiración que más tarde adquirieron un nombre. Pero al inicio no lo tenían, sólo tenían un ansia innegable de existir. Desde entonces, y pienso que siempre será así, no ha existido una cosa llamada Arquitectura. Existe el espíritu de la Arquitectura, pero éste no tiene presencia. Lo que sí tiene presencia es la *obra* arquitectónica, que cuando mucho puede ser considerada como una ofrenda a la propia Arquitectura... Por eso cuando la gente pone a la arquitectura en un nicho, al urbanismo en otro, a la planificación de ciudades en un tercero y al diseño ambiental en un cuarto, sólo crea divisiones mercantiles. Es sumamente destructivo cuando un hombre menciona en su tarjeta de presentación que él hace todas estas cosas. En el mercado puede ser muy ventajoso, pero un hombre que entiende la Arquitectura como espíritu, no puede llamarse de ese modo, pues sería el fin de sus motivaciones originales. Un arquitecto puede construir una casa e inmediatamente después planear una ciudad si considera que ambas pertenecen al mismo ámbito.

De los primeros impulsos de la belleza o de su acontecer y del asombro que le sigue, surge la Realización. La Realización es un producto del modo en que fuimos concebidos, ya que tuvimos que emplear todas las leyes del universo para llegar a ser. En nuestro interior llevamos el registro de las decisiones que nos hicie-

ron particularmente humanos. Está el registro psíquico, el registro físico y todas aquellas elecciones que realizamos para satisfacer el deseo de ser que nos dirigió hacia lo que ahora somos. Este núcleo se encuentra en la hoja de un árbol, en el microbio, en todo ser vivo. Existe una conciencia en todos los seres vivos. Qué maravilloso sería, para realmente entendernos, poder capturar la conciencia de una rosa. Esto por fuerza tendría tal sencillez, tal hermosura que, pienso, resolveríamos nuestros problemas con una especie de sacrificio resplandeciente del cual hoy carecemos.

Del entendimiento del proceso de creación surge la *forma*. La forma no es figura. La figura es un asunto del diseño, pero la forma es la creación de componentes inseparables. El diseño materializa lo que la creación, la forma, nos dicta. Se puede decir que la forma se encuentra en la naturaleza de algo y el diseño se esfuerza por emplear las leyes de la naturaleza para que la forma exista...

El diseño requiere una comprensión del *orden*. Cuando se diseña con ladrillo, se debe preguntar al ladrillo qué es lo que quiere o qué es lo que puede hacer. El ladrillo dirá, *Quiero un arco*. Entonces le respondes, *Pero los arcos son difíciles de hacer, son mas caros. Creo que igualmente se podría utilizar concreto para librar el claro*. Pero el ladrillo dice, *Sé que tienes razón, pero si me preguntas qué es lo que quiero ser, te diré que un arco*. Y luego le preguntas, *¿Por qué ser tan necio?* Y el ladrillo responde, *¿Puedo hacer una pequeña aclaración? ¿Te has dado cuenta que estás hablando de un ser? Y un ser en ladrillo es un arco*. Eso es conocer el orden, conocer su naturaleza, conocer lo que es capaz de hacer y respetarlo. Si se utiliza el ladrillo, no hay que utilizarlo como material secundario o porque es más económico. Es necesario intensificarlo ya que esa es su única posibilidad. Si se utiliza el concreto, se debe conocer el orden del concreto. Se debe conocer su naturale-

za, lo que el concreto se esfuerza por ser. El concreto desea ser granito pero no puede conseguirlo. Las varillas de acero en su interior son una compañía de trabajadores secretos que hacen que esta piedra licuada parezca tan capaz. El acero quiere decirnos que tiene la fuerza de un insecto, el puente de piedra que está construido como un elefante. Pero conocemos la belleza de los dos, la armonía que consigue el material al llegar a su capacidad máxima. Si cubrimos una pared con piedra debemos sentir que hemos realizado un acto inferior. Entender estas cosas y actuar de la manera más pura puede dejarnos desarmados. Sin embargo, es muy importante dar el paso, darlo con cuidado, con plena conciencia de hacerlo.

...actualmente construyo un teatro en Fort Wayne, Indiana. Después de haber observado diversos teatros, he llegado a la conclusión de que hay que entender el auditorio y el escenario como un violín, un instrumento sensible que se debe escuchar, aunque sea un susurro, sin amplificaciones. Los vestíbulos y los demás espacios adjuntos constituyen la caja del violín. El violín y su caja son completamente distintos. Al deambular detrás de los bastidores de muchos teatros, sólo encontré el interior de un basurero. Cuando el actor sale de este basurero, parece sereno, como si nada pasara, pero detrás del escenario el trapeador se encuentra junto a él. Es el infierno. Decidí entonces pensar en estos espacios como la casa del actor y diseñarla a media milla de distancia del teatro, así el área de descanso sería la sala de estar con su chimenea, los cuartos de ensayo y los camerinos serían los espacios de servicio de esta casa. Incluso instalé una pequeña capilla donde un hombre podría memorizar sus líneas sin ser molestado. Afuera de la casa construí un pórtico mirando hacia la calle. Entonces todo esto lo llevé al teatro y presenté el pórtico de la casa como aquello que se ve cuando se levanta el telón.

El punto más sugestivo para entender la arquitectura es considerar la habitación, la simple habitación, como su inicio. Cuando uno entra en su habitación, sabe que la conoce como nadie más. Las ventanas de una habitación son lo más maravilloso. Wallace Stevens, el poeta norteamericano, les dijo algo a los arquitectos. Él aspiraba a ser arquitecto. Preguntó, *¿Qué tajada del sol entra en tu cuarto?* Como si quisiera decir que el sol nunca supo lo grandioso que era, hasta que golpeó el perfil de un edificio.

¿Necesitaba el mundo la Quinta Sinfonía antes de ser escrita?

¿La necesitaba Beethoven?

Él la diseñó, la escribió y el mundo la necesitó.

El deseo es la creación de una nueva necesidad.

Una ciudad debe considerar todos sus espacios como parte de un tesoro espacial. Una ciudad es un entorno de amplios equipamientos que generan constantemente nuevos equipamientos. La arquitectura de conexión tiene que ser percibida en todo el mapa. La arquitectura de los lugares de servicio tiene que ser claramente distinta de aquella que pertenece a las instituciones. Sé que *instituciones* no es una palabra que deba utilizar, pero es una excelente palabra. Nos dice que detrás de lo realizado existe un acuerdo. Las instituciones nacieron de la materialización del encuentro entre el silencio y la luz, pero han perdido el impacto inspirador de su comienzo y se han vuelto operativas. Ya no se entienden como deberían entenderse. Ningún sitio en una ciudad que sea un lugar de reunión, debe proyectarse a menos que se haga de un modo digno de su posición.

Una ciudad no debe ser sólo un conjunto de ciudadanos que se han mudado a una nueva localidad. Tiene que ser la gran oportunidad para crear nuevas expresiones de aquello existente en la ciudad que se acaba de dejar. Hoy en día, una ciudad es un salón comunitario sin tejado. Sus muros son los edificios. El salón queda

establecido por los acuerdos humanos. Un acuerdo humano puede ser tan sencillo como decir *¿No te parece que hoy es un bonito día?* El acuerdo no es siempre igual, pero contiene un sentido de unanimidad. Es lo que hizo a una escuela ser escuela, o lo que inspiró la primera habitación.

Quiero decir algo más acerca de la habitación. Una habitación es un lugar. Una habitación pequeña es un lugar donde se puede ser creativo si se está a solas con otra persona. Se puede decir lo que nunca se ha dicho antes. Las paredes parecen hablarte y te dan una pista de lo que quieres decir. Los vectores de dos personas se encuentran. Si llega una tercera persona todo se complica. Se recurre a frases ya dichas. En una habitación grande todo se vuelve una actuación a menos que se pueda encontrar una cara sonriente que permita entender que lo que se está diciendo vale la pena... La habitación es algo increíblemente sensible. Si pudiéramos hablar en el baptisterio de Florencia, sus proporciones, su forma, su octágono, nos harían creativos a pesar de ser un espacio grande. La forma es como una personalidad. Tal es el poder de los espacios.

Mi última observación es un homenaje al trabajo de los arquitectos del pasado.

Lo que fue siempre ha sido.

Lo que es siempre ha sido.

Lo que será siempre ha sido.

Así es la naturaleza del comienzo. El poder de aceptar las cualidades de lo común del acuerdo humano. Hay que confiar en esto más allá de cualquier sistema operativo, más allá de los descubrimientos o el análisis estadístico de las cosas, porque las cosas como son nada tienen que ver con el deseo. El deseo es la fuerza verdadera que impulsa la vida y la expresión.